habitual histérico; porque hablando del mal que la *tomaba muy contino*, y que entonces era *muy de tarde en tarde, perlesía recia* (1), *y no con tanta reciedumbre*, se queja de padecer dolores, á veces muy graves, en el corazón ú otras regiones y vómitos cotidianos durante veinte años. Fenómenos morbosos que constituyen la dispepsia pertinaz y las neuralgias del histerismo; los cuales acabaron cuando murió la ilustre enferma.

Los últimos detalles, suministralos Santa Teresa cuando escribe los párrafos que voy á copiar sin hacer comentarios; porque señalan caracteres tan gráficos, que basta leerlos para contemplar un cuadro acabadísimo de los signos que presentan los sentidos y facultades superiores de las histéricas durante los períodos de calma relativa que caracterizan su estado habitual. Dicen así:

Pocas cosas que me ha mandado la obediencia, se me han hecho tan dificultosas, como escribir ahora cosas de oración: lo uno, porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo; lo otro, por tener la cabeza tres meses há, con un ruido y flaqueza tan grande, que áun los negocios forzosos escribo con pena.....

Escribiendo esto estoy considerando lo que pasa en mi cabeza del gran ruido della, que dije al principio, por donde se me hizo casi imposible poder hacer lo que me mandaban de escribir. No parece sino que están en ella muchos ríos caudalosos, y por otra parte que estas

(1) La palabra *perlesía* es calificativo que, como el de *mal de corazón*, usaba también y usa el vulgo en España para designar los accesos ó ataques de histerismo, epilepsía y, en general, las convulsiones.

aguas se despeñan; muchos pajarillos y silvos, y no en los oídos, sino en lo superior de la cabeza, á donde dicen que está superior del alma..... Plega á Dios que se me acuerde en las moradas de adelante decir la causa desto, que aquí no viene bien, y no será mucho que haya querido el Señor darme este mal de cabeza para entenderlo mejor; porque con toda esta barahunda de ellos no me estorba á la oración, ni á lo que estoy diciendo, sino que el alma se está muy entera en su quietud y amor, y deseos, y claro conocimiento (1).

Acaecíame algunas veces, y áun ahora me acaece, aunque no tantas, estar con tan grandísimos trabajos de alma, juntos con tormentos y dolores de cuerpo, de males tan recios, que no me podía valerme. Otras veces tenía males corporales más graves, y como no tenía los de el alma, los pasaba con mucha alegría; mas cuando era todo junto, era tan gran trabajo, que me apretaba muy mucho.

Todas las mercedes que me había hecho el Señor, se me olvidaban; solo quedaba una memoria como cosa que se ha soñado, para dar pena; porque se entorpece el entendimiento de suerte, que me hacía andar en mil dudas y sospecha..... Parecíame yo tan mala, que cuantos males y herejías se habían levantado, me parecía eran mis pecados.

Hame acaecido..... que coge de pronto el entendimiento por cosas tan livianas á las veces, que otras me reiría yo de ellas, y hácele estar trabucado en todo lo que él quiere, y el alma aherrojada allí sin ser señora

(1) *Castillo Interior* cit. Prólogo, p. 6: y *Moradas cuartas*. Cap. I, p. 37.

de sí, ni poder pensar otra cosa más de los disvarates que ella representa, que casi no tienen tomo, ni atan, ni desatan, solo ata para ahogar de manera el alma, que no cabe en sí.....

La fé está entonces tan amortiguada y dormida como todas las demás virtudes, aunque no perdida..... para que casi como cosa que oyó de lejos le parezca que conoce á Dios. El amor tiene tan tibio, que si oye hablar en Él, escucha, como una cosa que cree ser el que es, porque lo tiene la Iglesia; mas no hay memoria de lo que ha expirimentado en sí. Irse á rezar no es sino más congoja, ó estar en soledad; porque el tormento que en sí siente, sin saber de qué, es incomportable.....

Tener pues conversación con nadie es peor; porque un espíritu tan desgustado de ira pone el demonio, que parece á todos me querría comer, sin poder hacer más ; y algo me parece se hace en irme á la mano, ó hace el Señor en tener de su mano á quien ansí está, para que no diga ni haga contra sus prójimos cosa que los perjudique.

Otras veces me hallo que tampoco cosa formada puedo pensar de Dios, ni de bien, que vaya con asiento, ni tener oración, aunque esté en soledad, mas siento que le conozco. El entendimiento ó imaginación entiendo yo es aquí lo que me daña; que la voluntad buena me parece á mí que está, y dispuesta para todo bien; mas este entendimiento está tan perdido, que no parece sino un loco furioso, que nadie lo puede atar, ni soy señora de hacerle estar quedo un credo (1).

Con los datos expuestos, creo hallarme autorizado para resumir lo que precede asegurando, que Santa

(1) *Vida.* Ob. cit. Cap XXX.

Teresa de Jesús padeció en su juventud *un ataque letárgico con muerte aparente de el gran histerismo de Charcot*, ó de la *histero-epilepsia* de otros autores; y que continuó sufriendo hasta sus últimos días el *histerismo común*, iniciado en su adolescencia (1).

Este juicio diagnóstico directo, tan claro y evidente, se irá ratificando en los ulteriores capítulos con el examen diferencial sucesivo que habré de ir haciendo con otras enfermedades, á propósito de la controversia naturalista; mas conviene advertir ahora los caracteres que separan la enfermedad de Santa Teresa de la epilepsia, la dispepsia y la melancolía histérica, desde el punto de vista exclusivamente médico, para dejar bien sentado mi criterio diagnóstico.

La epilepsia, único estado morboso con el que alguna vez se han confundido ciertos accesos de histerismo epileptiforme, se caracteriza por ataques sin prodromos, casi repentinos, con pérdida de conocimiento y sentidos, acompañada de movimientos poco enérgicos y extensos del cuerpo y los miembros, principalmente de un solo lado, de horrible disnea y boca espumosa; todo lo cual dura de unos veinte á treinta minutos; y luego, por períodos de intervalo más ó menos largos en los que presenta el enfermo signos de imbecilidad ó demencia cada vez más pronunciados al concluir los accesos; cosas que no se leen poco ni mucho en las minuciosas descripciones citadas, ni se hallan en las noticias biográficas contemporáneas de la Santa enferma.

(1) En otro capítulo, probaré que Santa Teresa no sufrio el período de las actitudes apasionadas, ni el ataque incompleto llamado extático ó éxtasis.

La dispepsia une á veces sus propios síntomas de gastralgias, enteralgias, malas digestiones, náuseas, vómitos, estreñimientos pertinaces alternados con diarreas y trastornos hepáticos, á otros pertenecientes á órganos y funciones más ó menos próximas ó lejanas, tales como palpitaciones cardiacas, disneas, alteración de temperatura, cefalalgias, hidroemia y varios desórdenes nerviosos. Así considerada, forma un grupo sintomático, que indudablemente presentó la Santa; mas lo padeció á título de cortejo de su enfermedad principal; y de no aceptarlo así, habría de concederse que en la historia clínica que estudiamos se unían dos entidades morbosas, una el histerismo, y otra la dispepsia. Juicio diagnóstico más tortuoso que el de considerar los trastornos dispépsicos que molestaban á la paciente, formando parte del cuadro completo de signos que caracterizan la neurosis que sufría.

Por último, haré notar que algunos autores llaman *melancolía* al conjunto de tristezas, tedios, llantos inmotivados y deseos de soledad que con frecuencia se destacan como rasgos importantes característicos del estado habitual histérico; mas la palabra *melancolía* tiene, cual diré luego, distinto valor técnico en medicina; y como además se presentan aquí otros signos que sobresalen al par de aquéllos, parece más adecuado el denominar este conjunto de fenómenos *carácter histérico*, nombre que expresa mejor la índole y la causa de dichas alteraciones (1).

(1) Algunos patólogos designan este grupo de síntomas con el nombre de *melancolía histérica*, para diferenciarla: yo prefiero el que propongo.

Cerrado ya este paréntesis, diré que, si bien resulta demostrado por los escritos de Santa Teresa que presentó las notas propias del carácter histérico, no es menos cierto que se distinguió mucho de las mujeres que padecen este mal, por sus cualidades intelectivas y morales. Tanto es así, que en lugar de la inconstancia, la frivolidad, los apasionamientos injustificados y viciosos, los esbozos de monomanías y la falta de valor y energía que siempre revelan esta clase de pacientes, se vió á la insigne reformadora perseverante, festiva y animosa, dominar con talento y firmeza de voluntad que admiran, no solamente los obstáculos de todo género que se opusieron á sus proyectos y fundaciones, sinó también los cansancios, veleidades, caprichos y torturas, en una palabra, los mil motivos de flaqueza y abatimiento que la proporcionaban los males ó trabajos que soportó tantos años con paciencia ejemplarísima.

¿Debióse esto al influjo sobrenatural de los auxilios divinos que prestó á la Santa el Supremo dispensador de toda virtud y fortaleza?

Entiendo y sostengo que sí. Las fuerzas humanas, solas y abandonadas á los tremendos embates de una enfermedad tan pertinaz, y que de tal manera se opone al ejercicio libre y ordenado de las facultades sensibles é intelectivas, como el histerismo, no pueden alcanzar tanto, ni mucho menos, en circunstancias ordinarias de fisiología patológica; pues ya se sabe que los trastornos corporales ejercen grandísima y perniciosa influencia en los actos del espíritu. Y aunque sea verdad que esta regla general tiene alguna excepción, de tal suerte, que un organismo impresionable con ex-

ceso puede ser instrumento que obedezca dócil á una inteligencia serena y clara y á una voluntad firme y recta, también lo es que en casos tales no se traspasan los límites naturales, y no brillan, por tanto, esas virtudes heróicas que hicieron de Santa Teresa un tipo acabado de perfecta mujer, de religiosa modelo y de maestra de místicos doctores.

CAPÍTULO III.

DE SI LAS MERCEDES SOBRENATURALES QUE GOZÓ SANTA TERESA DE JESÚS PUEDEN SER FENÓMENOS HISTÉRICOS QUE LA PATOLOGÍA ESTUDIA CON EL NOMBRE DE ÉXTASIS; Y DE SI AL INTERPRETAR AQUELLOS FAVORES DIVINOS EN SUS ESCRITOS, SE CONFUNDIÓ Y EQUIVOCÓ LA SANTA DOCTORA.

Dos respuestas exigen las preguntas redactadas al frente de este capítulo. Limitándome á la primera, por ahora, y ajustando estrictamente las demostraciones á los datos que suministra la ciencia médica, probaré que no hay posible confusión entre los éxtasis divinos y los síntomas histéricos, llamados extáticos impropiamente.

Dos grupos de síntomas presenta el gran histerismo de Charcot, que tengo necesidad de someter al examen actual: el tercer período del gran ataque y una variedad de éste, que, según Richer, no es otra cosa sinó una modificación del mismo tercer período, y al que llama *ataque de éxtasis*.